

## Muchos cuentistas son leídos por muchos profesores con muchas teorías

### Ensayos críticos sobre cuento colombiano del siglo XX

MARÍA LUISA ORTEGA,  
BETTY OSORIO Y ADOLFO CAICEDO  
(comps.)

Universidad de los Andes, Facultad de Artes y Humanidades, Departamento de Humanidades y Literatura, Bogotá, 2011, 686 págs.

DESDE LAS legendarias antologías del cuento colombiano de Eduardo Pachón Padilla, en sus varias versiones, con sus precisas puntualizaciones cronológicas, sus rótulos de movimientos literarios y sus fichas de autor, que terminaban por ser brevísimos ensayos críticos, no se había elaborado un conjunto analítico tan exhaustivo y abrumador en torno al cuento como este. También, es de justicia mencionar los varios volúmenes antológicos de cuentos organizados por Luz Mary Giraldo con prólogos analíticos e iluminadores.



Ahora estas 686 páginas de crítica académica sobre el cuento colombiano abren muchas perspectivas en el amplio arco que va de Tomás Carrasquilla, nacido en 1858, hasta Enrique Serrano, nacido en 1960, incluyendo un precursor feliz, atento a la vez a la historia y a la urdimbre fantástica e irónica de sus veintitrés historietas: *El carnero* de Juan Rodríguez Freyre de 1636, estudiado por Betty Osorio, quien con María Luisa Ortega y Adolfo Caicedo son los compiladores de la obra y contribuyen con varias de las monografías.

Se podría pensar que la columna vertebral del libro se enfoca en los

autores con obra ya cerrada, y que con estas renovadas lecturas plantean nuevos ángulos y enfoques. Serían nombres como José Félix Fuenmayor, Hernando Téllez, Pedro Gómez Valderrama, Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio y Álvaro Mutis<sup>1</sup>. Se los mira ahora desde las propuestas de críticos y teóricos como Walter Benjamin o Mijail Bajtin, Gaston Bachelard o Michel Certeau, Michel Foucault o Mircea Eliade sin olvidar, claro, el proteico e inasible (y en ocasiones ilegible) Jacques Derrida. Pero es tranquilizador que Juan Bosch, quien fuera profesor de García Márquez en el curso sobre cuento y que dictaba en la Universidad Central de Venezuela, asome en ocasiones brindándonos, en el trabajo de Luis Correa Díaz sobre Pedro Gómez Valderrama, este hermoso epígrafe sobre “El cuento es el tigre de la fauna literaria; si le sobra un kilo de grasa o de carne, no podrá garantizar la cacería de sus víctimas” (pág. 127).

Pero uno de los méritos del libro es traer a la luz autores soslayados o simplemente ignorados como Adel López Gómez (1900-1989), que rescata Betty Osorio. Podemos comenzar, entonces, por su mundo campesino, que es forma de vida, con su religiosidad y su habla particular, sus refranes y sus coplas, que este autor nacido en Armenia y emigrado a Medellín donde vivió del periodismo, mantiene vivo. Mundo rural y agrícola, de monte y sementera. Montañeros, hijos del paisaje, para quienes geografía es carácter. Rudeza y romanticismo. Amor por la finca y señales premonitorias de como el inicial desplazamiento campo-ciudad comienza a darse en el marco de la colonización antioqueña. Allí donde el machismo consustancial a esos broncos pioneros se ve sustituido por el despliegue dominante de mujeres emprendedoras, que se forjan a sí mismas, establecen su dominio y sojuzgan a los hombres de su círculo, maridos o hermanos. Con razón el título de la novela corta de López Gómez *El diablo anda por la aldea* (1963) alusivo a la matrona, viuda de Fidelia Cadavid,

1. Sobre muchos de los autores que figuran en estos *Ensayos críticos sobre cuento colombiano del siglo XX*, véase Juan Gustavo Cobo Borda, *Breviario arbitrario de literatura colombiana*, Bogotá, Taurus, 2011.

quien acrecienta su sed de poder luego de la desaparición de su marido.

En Hernando Téllez, lector agudo tanto de Borges como de Proust entramos en otro orbe que tanto María Luisa Ortega como María Clemencia Rueda exploran con acierto. Sin descuidar el núcleo de violencia que está en el corazón de sus cuentos, este único libro *Cenizas para el viento y otras historias* (Bogotá, Litografía Colombia, 1950, 216 págs.) va más hondo. Mira la infancia, mantiene el lazo con la tierra y se interna en la ciudad al recrear la atónita confusión del 9 de abril de 1948. Pero otras figuras como el mar y la madre nos asoman a nuevas perplejidades que tienen que ver con lo sagrado y profano y la cíclica repetición mística del cosmos y sus avatares.

Por su parte, Pedro Gómez Valderrama leído por Luis Correa-Díaz recobra todas las perspectivas, tan borgianas, de esa historia posible, historia conjetural, que a partir de una ruina, una minucia, un edificio sin terminar, le permite convertirse en el cuentista-historiador-ensayista que va de América a Europa y vuelve aquí con su carga de Colón y don Quijote, de Napoleón y Stendhal, de Lord Byron para reescribir, en la apretada síntesis del cuento, todo ese relato de nuestra fundación. Que, más tarde, en otros perfiles, llámese Bolívar y Manuelita, Andrés Bello, Francisco de Miranda o Francisco de Paula Santander arman el taller donde forjó su única novela *La otra raya del tigre* (1977), sobre un alemán emigrante a su tierra santandereana.

Cuando redactaba esta reseña llegó la trágica noticia, por boca de su hermano Jaime: Gabriel García Márquez sufre de una demencia senil que le impedirá escribir algo más, tal como lo registraron *El Tiempo* y *El Espectador* del 7 de julio de 2012. Se hacía entonces desoladora la recensión de los tres trabajos de Gene H. Bell-Villada, Isabel Rodríguez Vergara y Héctor Hoyos dedicados a sus cuentos.

El primero de Bell-Villada, un capítulo de su libro *García Márquez. El hombre y su obra* (México, Ediciones B, 2012) ya en español, en ese entonces solo en inglés, es una lectura pormenorizada de sus libros de cuentos, desde *Los funerales de la Mama Grande*



(1962) hasta *Doce cuentos peregrinos* (1992). Treinta años en el cultivo del cuento, a partir del clima del mundo macondiano y su incidencia en la salud de las personas, con “Esas mujeres atribuladas pero tenaces” (pág. 194) que ya había señalado Ernesto Volkening en sus pioneras y luminosas notas sobre estos cuentos. Para mostrar como “la serena parquedad” de los mismos referida a “gentes humildes en pueblos pequeños” deja atrás los lugares de su infancia, Aracataca y Sucre, y terminan por llevar a Macondo a Europa, en un peregrinaje que comprende Barcelona, Ginebra, Roma y París, como señala Isabel Rodríguez Vergara, donde el autor solo termina por hacer primar el exclusivo placer de la escritura, lejana de la remembranza imposible pero asombrosa en la invención pura.

Pero la vuelta que da esta travesía por el mundo del Caribe y sus sociedades criollas, abiertas al mundo, que en pensadores-creadores como Antonio Benítez Rojo y Édouard Glissant han razonado con pertinencia, en esa “sopa de signos”, en esa “poética de lo diverso”, como marca con acierto Héctor Hoyos, dan uno de los tonos más auténticos de la obra de García Márquez, en la que el fatalismo no determinista se libera de restricciones para alcanzar la plena libertad imaginativa. La de quienes ascienden al cielo y arrastran consigo todos los cachivaches de la cotidianidad opresiva. Los mismos que lastran, luego, al ángel caído, usado como curiosidad turística en “Un señor muy viejo con unas alas enormes”.

En el caso de Álvaro Mutis, Mario Barrero Fajardo señala como el

reaccionario monárquico que se proclama Mutis “un *chouan* perdido en el siglo XX”, ve mejor que progresistas de izquierda esa historia de Colombia y de un proyecto degradado, en el que el asesinato de Antonio José de Sucre por culpa de Obando, como acusa con rabia Bolívar, hunde aún más esa “república descuartizada”. Hemos pasado así del cuento regional al cuento cosmopolita y universal, en el cual la ambigüedad termina por desenmascarar el episodio censurado; la corrección aparente de las familias, como apunta desde su título el libro de Marvel Moreno, *Algo tan feo en la vida de una señora bien* (1980), que estudió Lucía Garavito, en su relación con la sociedad de club y carnaval que se ofrece en Barranquilla, al mostrar en público a las mujeres maquilladas para luego golpearlas en el aparente espacio sagrado del hogar. En todo caso desplazamientos, disfraces y mentiras interesadas marginan y humillan, mientras la literatura escenifica y hace surgir el revés de la trama. En el Cali de Fernando Cruz Kronfly, cuya madre árabe de origen sirio arribó con su familia al Valle en 1926, a los trece años, la nostalgia es la que rige su escritura. La expulsión del paraíso y el exilio de la tierra prometida y en dolores y crisis para volver a ese imposible hiere a su prosa, nunca ajena a la música, la poesía y la reflexión actual que plantean sus varios libros de ensayos.

“Odiar es querer sin amar” dirá Andrés Caicedo cuyos cuentos de *Calicalabo* escritos entre 1969 y 1975 leerá Adolfo Caicedo con óptica lacaniana. Es decir, mostrando la errancia andariega de esos jóvenes que hablan y escriben su ciudad, con eje en la avenida 6ª y que al mundo solar o cromado de los almacenes Sears oponen un distorsionado espejo gótico de espectros y anomalías. Pero en violencia de cine y música *rock* también tiene su carga política de explosiones legendarias (7 de agosto de 1956) que nos hablan del trauma y la represión; de la mancha que enturbia y que terminará por disparar la imaginación hacia el nuevo útero maternal –la sala de cine– y la compensación de fantasear Cali como un inmenso estudio cinematográfico, Caliwood.

Otros narradores, tan valiosos como Luis Fayad, Tomás González,

Roberto Rubiano Vargas y Enrique Serrano se estudian también. Este último al recrear desde la España musulmana el idioma que aún empleamos y que llegó a nuestras costas como imposición y dominio y es ahora eficacia nominativa, sueño perdido que resurge y riquísima tradición que podemos usar a nuestro arbitrio como lo hace, por cierto, Serrano.

Cronistas como Arturo Alape (1938-2006) y Alfredo Molano (1944) enriquecen el libro en géneros y espacios geográficos, en atención al conflicto político y a los multitudinarios desplazamientos de los despojados de sus parcelas (aquellas de Adel López Gómez) y el secular y sangriento conflicto en el que la riqueza del narcotráfico retorna para encontrar su real justificación al adquirir haciendas, ganado y caballos de paso, en la admisión de que es mejor una tumba en Colombia que una celda en los Estados Unidos. Esto, y mucho más, es lo que este plural y multifacético libro nos propone, en regiones como Córdoba y Guajira, en sus pertinentes lecturas, muchas innovadoras, otras ahogadas en jerga y teoría, de ese género que parecía menor o secundario ante la poesía y la novela, pero que ahora devela toda su capacidad crítica y su profundidad humana.

Juan Gustavo Cobo Borda

## Visita literaria al Perú

### *Viaje al Perú*

JUAN CARLOS ORREGO  
Universidad de Antioquia, Medellín,  
2010, 125 págs.

UNA HORA larga de un vuelo solitario o una tarde de lectura en una hamaca es tiempo más que suficiente para leer *Viaje al Perú*, relato de viaje del antioqueño Juan Carlos Orrego, quien en esta obra regala a los lectores sus bien escritas observaciones de un viaje al país de los incas realizado en agosto de 2009 para complementar la investigación doctoral de su tesis en antropología. A pesar de ser este el motivo del viaje, la jerga científica